

que risa de quien murmura
siempre ha de ser falsa risa.
Acercóse á los cristales
á castigar su osadía,
y les dió una linda mano
más clara que su agua misma.
En Lucila se vengaba
el cristal, porque Lucila
sacó más turbias las manos
cuando las entró más limpias.
Yo, que la estaba mirando,

á mí mismo me decía
lo que á su beldad callaba
solo por no desabrirlo.
Mas con palabras turbadas
á hablarla fué mi osadía,
y enmudeciendo la lengua
empecé á hablarla por vista.
Miróme y volviómelo el rostro
con tanto ceño de esquiva,
que la menor atención
no le debí á sus pupilas.

IX

Sentado en la verde margen
de un cristalino arroyuelo,
llorando y cantando estaba
sus desventuras Aurelio.
El agua mira y le ciega
la que dan sus ojos tiernos,
que halla oposición un triste
hasta en un mismo elemento.
El ruido de los cristales
estaba escuchando atento;
mas como en penas lo hacía
se acordaba de su dueño.
Lo mismo ¡ay de mí! decía,
sucede á mis pensamientos,
pues con suavidad de agua
ablandar penas pretendo.
Pero tu corriente pasa
el que el mal le da escarmiento,
porque es acertado errar
y escarmentar en el yerro.

Yo no quisiera querer
y, cuando en no querer pienso,
el no querer quiero tanto
por querer lo que no quiero.
Dime, Amor, cómo siendo uno
¿por qué, en contrarios afectos,
eres dios de los cariños
y deidad de los desprecios?
Cuanto más poder mostraras
concertando los deseos,
que no con flechas discordes
herir los humanos pechos!
Querer es fuerza de amor,
y no querer es desprecio
á tu deidad, pues le niegan
el feudo amante á tu imperio.
Cupido, á Lisi castiga
que de ella á tí me querello,
y sinó al fiel tribunal
de la razón sana apelo.

X

Lucinda ¿por qué me has dicho
que te viese el otro día,
sabiendo no puede ser
porque ciega el que te mira?
A verte yo y no mirarme
para mi muerte me citas,
que ya veo el que me matas
y el que me muero no miras.
Verte yo y no verme tú
es dar materia á tus iras,
que cuando no ves el blanco
tus harpones más me atinan.

Eres tirana sin ver,
pues sin más ver sollicitas
que muera de no mirado
el que matas de bien vista.
Siquiera un leve descuido
no te merecí por dicha,
porque en el no descuidarte
muy cuidadosa te miras.
El no verme es porque no
te tengan por mi homicida,
que á vista del agresor
brotan sangre las heridas.

XI

Un arroyo fugitivo
de la cárcel del Diciembre,
cadenas de cristal rompe
y lima grillos de nieve.
Indultos del sol que nace
goza en su prisión alegre,
que no hay embargos de hielo
cuando nace Febo ardiente.
En perlas paga á las flores
el censo oriental que debe,

que por causa del Invierno
no le tenía corriente.
Los pájaros con sus cantos
dolor y envidia me ofrecen,
porque el hielo de un desdén,
preso en su esquivez me tiene.
De libertad clara goza,
pues más dicha te concede
menos sol, que no el de Marcia
que á uno suelta y á otro prende.

XII

Selvas, á quejarme vengo
de los rigores de Marcia,
si cuanto tengo de fino
tiene su beldad de ingrata.
Troncos, escuchad mis penas,
y no os parezca ignorancia
el obligaros á oírme
si oye menos quien me agravia.
Consuelo os pido á vosotros
como si con ella hablara,
pues con silencio ó dureza
responde siempre á mis ansias.

Andar quiero por los troneos
contándoles mis desgracias,
como si contarlas á ellos
fuera andarse por las ramas.
Mis penas son para dichas
pero no para aliviadas;
y así las digo por uso
de quejas sin esperanzas.
Yo me quejo y yo me escucho,
y es mi pena tan tirana
que me atormenta en las voces
y en el sentir me maltrata.

XIII

Tórtolas, no canteis tristes,
dejadme á mí las tristezas,
porque de darme á pesares
soy avariento de penas.
A todas las quiero alegres
por tener alivio en ellas,
que ser único en desdichas
es suerte de las miserias.
Cantad alegres, y yo
en triste correspondencia
haré en contrapuesto llanto,
cantiga infausta de penas.

Nada encuentro, nada miro
que mis pesares divierta
sino el sentirlos, y así
siento que haya quien los sienta.
Tan hecho estoy á los males
que cualquiera bien me hiciera
mucho mal, que los alivios
nunca usados son violencias.
Cualquiera triaca es veneno
para quien de él se alimenta,
porque halla muerte en lo blando
quien vive de la dureza.

XIV

Cuando á la hermosa acompaña
lo entendido, el amor flecha
como arcabuz de dos tiros
con arco de dos saetas.

La discreción viene á ser
una hermosura compuesta
de voces, que los oídos
la ven con ojos de idea.

¿Con quiénes no es ciego amor,
que hermosuras tan perfectas
cautivan los albedríos
más con vista que con venda?
Quédense las ceguedades
para quien ama por tema,
que amor de conocimiento
más alumbra que no ciega.
Con decorosos cariños
la atención las reverencia,

porque el pensamiento mismo
solo oculta lo que piensa.
Quien lo discreto no ama
de irracional ser se precia,
si es feudo que á la razón
le paga la razón mesma.
No es delito amor si no
intenta correspondencia;
si es lo segundo, osadía;
si es lo primero, es estrella.

XV

En lo ingrata y en lo esquiva
hallas forzosos afeites,
pues te miro más hermosa
cuanto más ingrata eres.
Que el ser hermosa y esquiva
en las lindas se ve siempre
tan natural, que estas cosas
nacieron ambas de un vientre.
Si hermanos mellizos son
la hermosura y los desdenes
¿cómo con caras distintas
discordes no se parecen?
Que sea razón de estado
el nacer con altiveces
la hermosura, como si
fueran cuerpos diferentes!
Qué ceguera es aquesta
en que la razón más fuerte
tropieza con el sentido
en la flaqueza del débil?
Pues causa de querer hago
el saber que no me quieren,
sin que de mi amor resulten
efectos correspondientes.
A más no poder te adoro,
y puesto que á tí te debes
este pesar, en tí propia
castigar mi culpa puedes.
Y pues el mayor castigo
que á tu rigor darse puede
es quererme, por vengarte

castígame con quererme.
Por odio puedes amarme,
que hay efectos tan crueles
en el amor que, por tema,
adoran lo que aborrecen.
Si en no morirme te sirvo,
no privándome de verte
no haré otra cosa por tí
que estarte adorando siempre.
Por darte gusto y tenerlo
me holgara de aborrecerte,
y así tengo un querer tal
que no quisiera quererte.
Tanto siento el que te enfades
que vivo irritado siempre.
Por darte gusto y tenerlo
me holgara de aborrecerte,
y así tengo un querer tal
que no quisiera quererte.
Tanto siento el que te enfades
que vivo irritado siempre
contra mí, pues hasta en esto
tan de tu parte me tienes.
Muera á tus iras la vida
que en sacrificio te ofrece
el albedrío, si alcanza
ser fuego y parecer nieve.
Y un epitafio pondrás,
entre mariposa y fénix,
á mis cenizas, si nunca
renacen y siempre mueren.

ENDECHAS

Atiende, ingrata Dafne,
mis quejas, si escucharlas
te merecen mis penas,
siquiera por ser tú quien me las causas.
Bien sé que son al viento
decirlas á una ingrata;
pero yo las publico
para que sepas solo á quien agravias.
Escucha mis suspiros,
que no porque mis ansias
con sentimiento explique
te han de obligar mis voces á pagarlas;
pues no tan fácilmente
se mueve una tirana,
y así puedes sin riesgo
serme benigna y entenderme, ingrata.
Si bien te pareciera
¿qué mucho que me amaras?
porque el favor, advierte,
se hace más fino cuando más se ama.
Merecer tus cariños
y dármelos es paga,
y el que paga no deja
la voluntad afecta ni obligada.
Finje que amor me tienes
y aunque me engañes, falsa,
haz siquiera de vidrio
una esmeralda para mi esperanza.
No me des desengaños
con claridades tantas,
que el infelice vive
el tiempo que se engaña ó que le engañan.
Solo un triunfo consigues
si de una vez me matas:
dáme una vez la vida
para que muchas tengas que quitármela.

EN LA MUERTE DE MI ESPOSA

I

Ay de mí! Solo quedo;
más no, si me acompaño
con penas, que son siempre
compañía infeliz del desdichado.